

· GRACIELA MONTES ·

DOÑA CLEMENTINA QUERIDITA, LA ACHICADORA

ILUSTRADO POR EULOGIA MERLE



BUENOS AIRES EDUCACIÓN

BA

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Gobernador

Dn. Daniel Scioli

Vicegobernador

Lic. Gabriel Mariotto

Directora General de Cultura y Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Vicepresidenta Segunda del Consejo General de Cultura y Educación

Prof. Jorgelina Fittipaldi

Subsecretario de Gestión Educativa

Lic. Leonardo Biondi

Subsecretaria de Educación

Mg. Claudia Bracchi

Directora Provincial de Educación Inicial

Prof. Adriana Corral

Directora Provincial de Educación Primaria

Lic. Romina Campopiano

Directora de Educación Especial

Prof. Marta Vogliotti



ESTE LIBRO PERTENECE A:



*Un agradecimiento especial a **Graciela Montes** por posibilitar que **Clementina** forme parte de la biblioteca de tantos niños.
Agradecemos a la editorial **Colihue** por facilitar la inclusión de este cuento.*

PRÓLOGO

En este cuento encantador nos encontramos frente a una señora que con sus palabras –con algunas palabras– es capaz de cambiar el tamaño de las cosas.

¡Imagínense! Clementina dice “cosita” y las cosas grandes se vuelven chiquitas. Y eso en cualquier barrio puede ser un lío, ¿no? Porque es claro que trae un montón de problemas para un montón de gente, de esa que se alborota o se asusta cuando todo cambia.

Graciela Montes es el nombre de la autora de este cuento que te va a divertir, seguro, pero a la vez capaz que te llena de preguntas. Lo que es una especialidad de esta notable escritora argentina, que fue profe de Lengua y Literatura, que ganó muchísimos premios y que además sabe un montón de literatura para niños.

Entrá ahora a este cuento y disfrutá de la historia, pero... ¡mucho cuidadito cuando te encuentres con Clementina!

Y hasta la próxima.

MEMPO GIARDINELLI





DOÑA CLEMENTINA QUERIDITA, LA ACHICADORA

Cuando los vecinos de Florida se juntan a tomar mate, charlan y charlan de las cosas que pasaron en el barrio. Se acuerdan del ladrón de banderines de bicicletas; de cuando, por culpa de la máquina del tiempo, se les heló el agua de las canillas en pleno diciembre...

Pero más que de ninguna otra cosa les gusta hablar de doña Clementina Queridita, la Achicadora de Agustín Álvarez.





Doña Clementina no había empezado siendo una Achicadora: por ejemplo, a los dos años era una nenita llena de mocos que se agarraba con fuerza del delantal de su mamá y, a los diez, una chica con trenzas que juntaba figuritas de brillantes.

Cuando doña Clementina Queridita se convirtió en la Achicadora de Agustín Álvarez era ya casi una vieja. Tenía un montón de arrugas, un poquito de pelo blanco en la cabeza y un gato fortachón y atigrado al que llamaba Polidoro.



A doña Clementina los vecinos la llamaban “Queridita” porque así era como ella les decía a todos:

“Hola, queridita, ¿cómo amaneció su hijito esta mañana?”,
“Manolo, queridito, ¿me harías el favorcito de ir a la estación a comprarme una revista?”.

Pero, aunque todos la conocían desde siempre, doña Clementina sólo llegó a famosa cuando empezó con los achiques.

Y los achiques empezaron una tarde del mes de marzo, cuando doña Clementina tenía puesto un delantal a cuadros y estaba pensando en hornear una torta de limón para Oscarito, el hijo de Juana María, que cumplía años. En el preciso momento en que doña Clementina estaba por agarrar los huevos de la huevera, entró Polidoro, el gato, maullando bajito y frotándose el lomo contra los muebles.

–**¡Poli! ¡Tenés hambre, pobre!**–se sonrió doña Clementina y, volviendo a dejar los huevos en la huevera, se apuró a abrir la heladera para buscar el hígado y cortarlo bien finito.

–**¡Aquí tiene mi gatito!**–dijo, apoyando el plato de lata en un rincón de la cocina.



Y ahí nomás vino el primer achique. El gordo, peludo y fortachón Polidoro empezó a achicarse y a achicarse hasta volverse casi una pelusa, del mismo tamaño que cada uno de los trocitos de hígado que había colocado doña Clementina en el plato de lata.

El pobre gato, bastante angustiado, erizaba los pelos del lomo y corría de un lado al otro, dando vueltas alrededor del plato, más chiquito que una cucaracha pero, sin embargo, peludito y perfectamente reconocible. Era Polidoro, de eso no cabía duda, pero muchísimo más chico.



Doña Clementina, asustadísima lo hizo upa enseguida: le parecía muy peligroso que siguiera corriendo por el piso; al fin de cuentas podía matarlo la primera miga de pan que se cayera desde la mesa... Lo sostuvo en la palma de la mano y lo acarició lo mejor que pudo con un dedo. En medio de la pelusita atigrada brillaban dos chispas verdes: eran los ojos de Polidoro, que no entendían nada de nada.







Se ve que la enfermedad del achique es muy violenta porque después del de Polidoro hubo como quince achiques más, todos en el mismo día.

Doña Clementina se sacó el delantal a cuadros, agarró el monedero y corrió a la farmacia.

–¡Ay, don Ramón! –le dijo al farmacéutico, un gordo grandote y colorado, vestido con delantal blanco. **–Don Ramón, algo le está pasando a Polidoro. ¡Se me volvió chiquito!**



Don Ramón buscó un frasco de jarabe marca Vigorol y lo puso sobre el mostrador.

– **¿Y usted cree que este jarabito le va a hacer bien, don Ramón?** – preguntó doña Clementina mientras miraba con atención la etiqueta, que estaba llena de estrellitas azules.

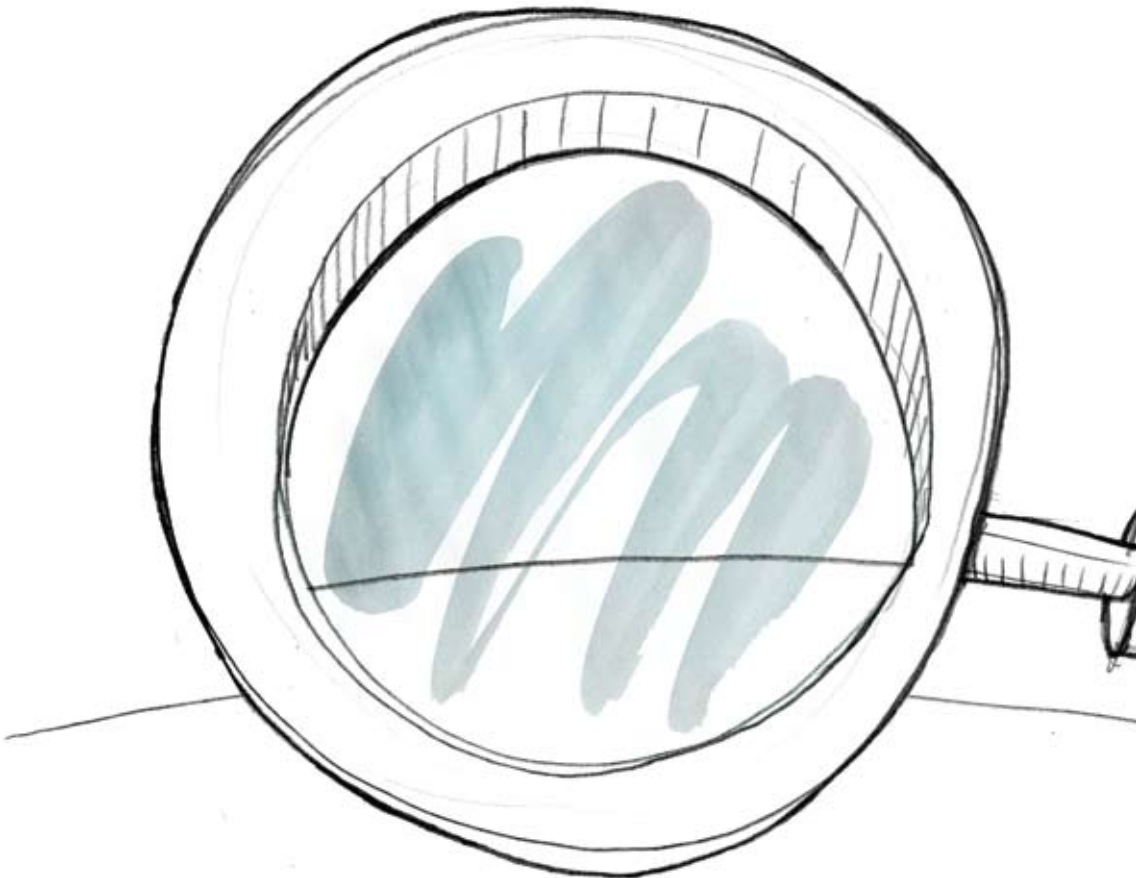
Y, en cuanto terminó de hablar, el frasco de jarabe se convirtió en un frasquito, en un frasquitito, en el frasco más chiquito que jamás se haya visto.

Don Ramón, el farmacéutico, corrió a buscar una lupa: efectivamente, ahí estaba el jarabe de antes, muy achicado, y, si se miraba con atención, podían divisarse las estrellitas azules de la etiqueta.

–¡Ay don Ramón, don Ramoncito! ¡No sé lo que vamos a hacer! –lloriqueó doña Clementina con el frasquito diminuto apoyado en la punta del dedo.

Y don Ramón desapareció.

–¡Don Ramón! ¿Dónde se metió usted, queridito? –llamó doña Clementina.



–¡Acá estoy!–dijo una voz chiquita y lejana.

Doña Clementina se apoyó sobre el mostrador y miró del otro lado. Allá abajo, en el suelo, apoyado contra el zócalo, estaba don Ramón, tan gordo y tan colorado como siempre, pero muchísimo más chiquito.

“¡Pobre hombre!”, pensó doña Clementina, “¡Qué solito ha de sentirse allá abajo...! Voy a llevarlo con Polidoro, así se hacen compañía.”

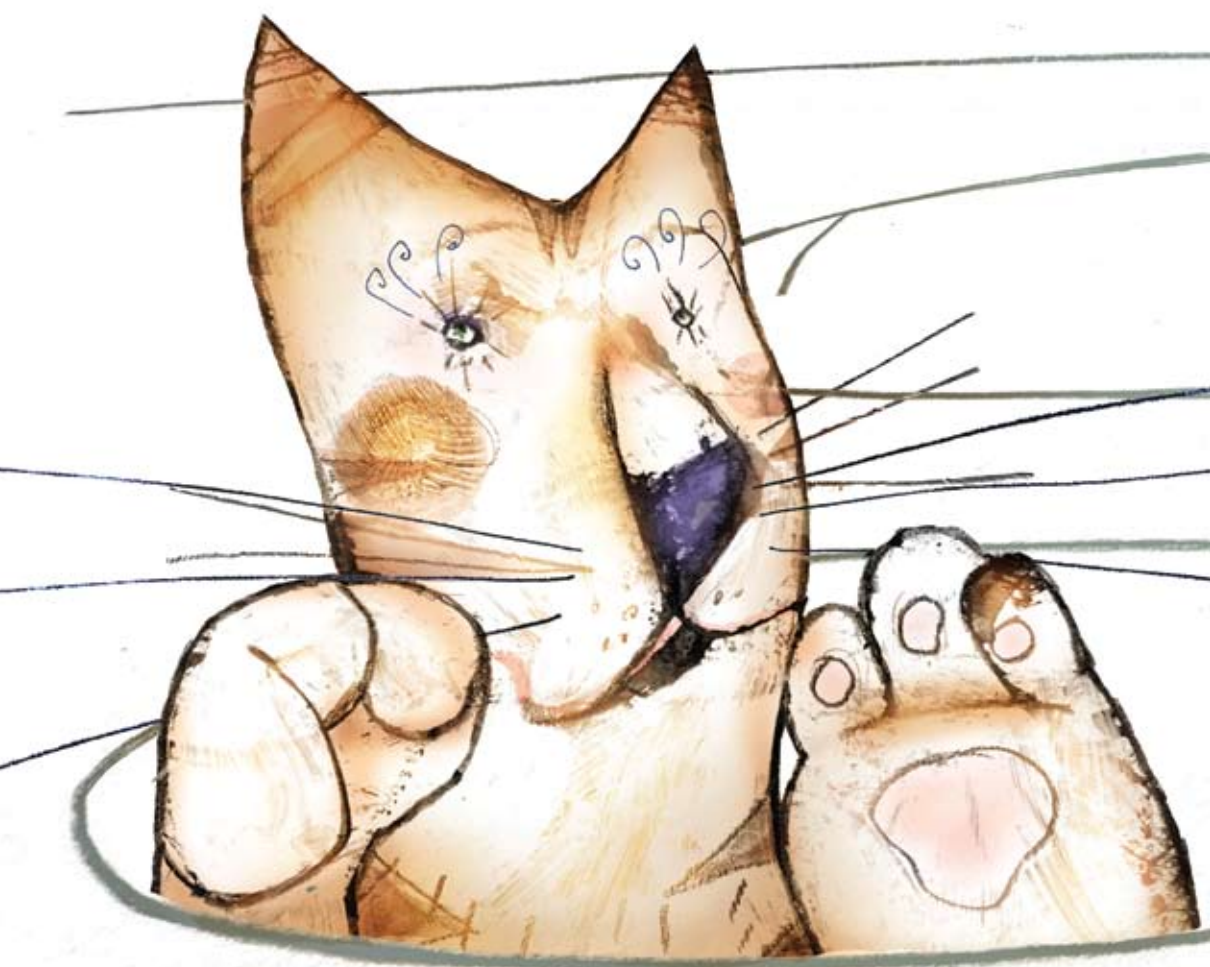
De modo que doña Clementina se llevó a don Ramón en un bolsillo y al frasquito de jarabe en el otro.



Entró en su casa y llamó:

-Poli... Poli... Estoy acá.

Pero Polidoro no vino. Se había caído en el fondo de la huevera y desde allí maullaba pidiendo auxilio.



Entonces doña Clementina se dio cuenta de que las hueveras eran muy útiles para conservar achicados. Sin pensarlo dos veces, sacó los huevos que quedaban, los puso en un plato y en la huevera puso a don Ramón, que la miraba desde el fondo, perplejo, y algo le decía, pero en voz tan bajita que era casi imposible oírlo.

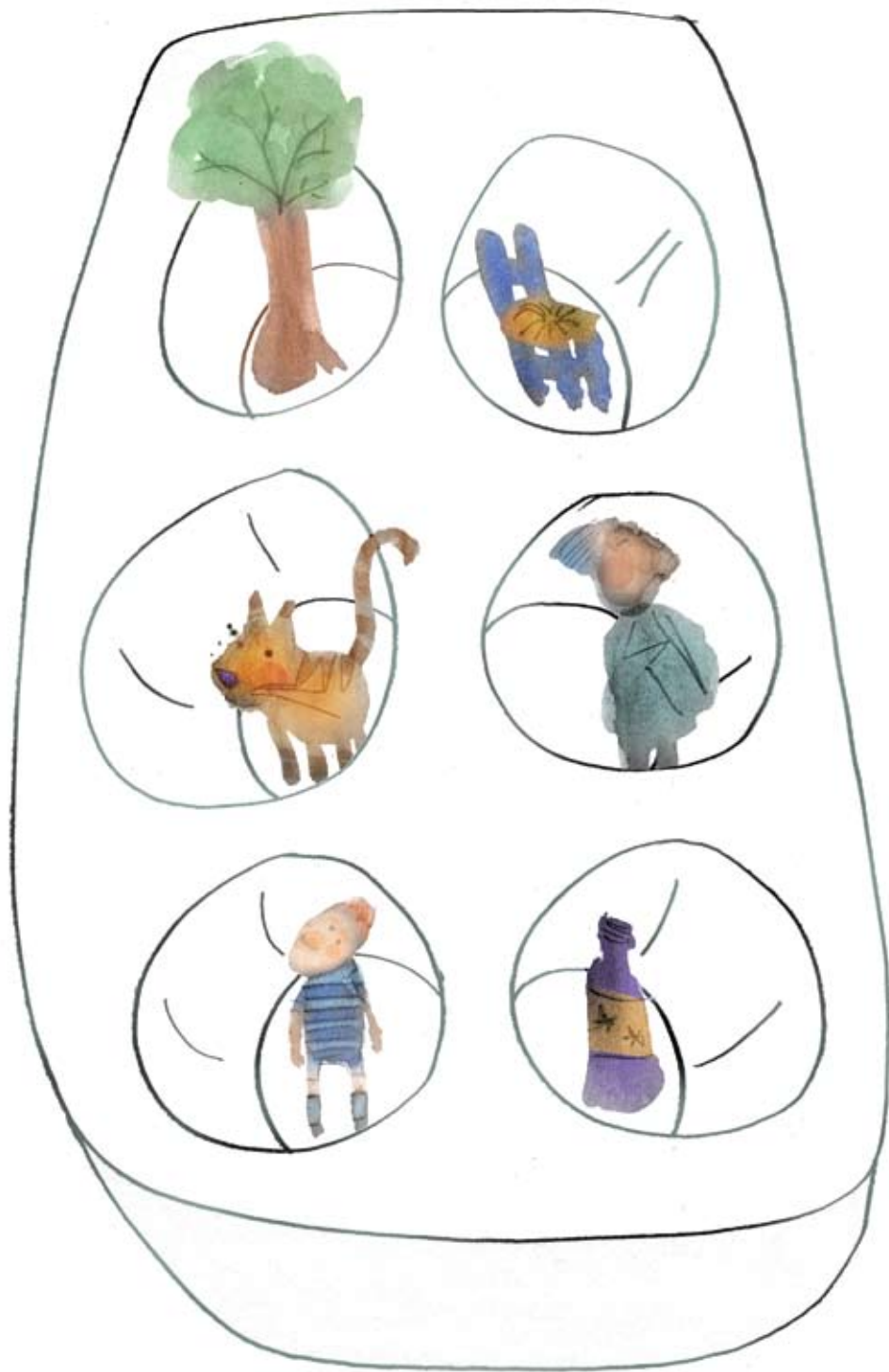


En fin, basta con que les cuente que, en esos días doña Clementina llenó la huevera, y tuvo que inaugurar dos hueveras más, que contenían:

- un gato Polidoro desesperado;
- un don Ramón agarrado al borde, que cada tanto pedía a los gritos algún jarabe;
- un frasquito de jarabe Vigorol;
- una etiqueta llena de estrellitas;
- el “kilito” de manzanas que doña Clementina le había comprado al verdulero;
- la “sillita” de Juana María, en la que se había sentado cuando fue al cumpleaños de Oscar;
- el propio “Oscarcito”, al que de pronto se le había acabado el cumpleaños;
- un “arbolito”, al que se le estaban cayendo las hojas;
- un “librito de cuentos”;
- siete “velitas” (encendidas, para colmo);

y otras muchas cosas que resultaban invisibles a los ojos –como un “tiempito”, un “problemita” y un “amorcito”–, todas chiquitas.





Y, claro, doña Clementina no sabía qué hacer con sus achicados; le daba mucha vergüenza esa horrible enfermedad que la obligaba a andar achicando cosas contra su voluntad. Era por eso que, en cuanto algo o alguien se le achicaba (gente, bicho, cosa o planta), se apuraba a metérselo en el bolsillo y después corría a su casa para darle un lugarcito en la huevera.





Con las “manzanitas”, la “sillita”, las “velitas”, el “jarabito” y el “librito de cuentos” no había conflicto. Pero con Polidoro, y sobre todo con don Ramón y con Oscarcito era otra cosa. En el barrio no se hablaba de otra cosa que de la misteriosa desaparición.



La mujer de don Ramón no sabía qué pensar: había encontrado la farmacia abierta y sola, sin rastros del farmacéutico por ninguna parte. Y Juana María y Braulio, los padres de Oscarcito, andaban desesperados en busca del hijo tan travieso que se les había escapado justo el día del cumpleaños.





Así pasaron cinco días.

Doña Clementina Queridita, la Achicadora de Agustín Álvarez, cuidaba con todo esmero a sus achicados: al arbolito le ponía dos gotas de agua todas las mañanas, a Oscarcito lo alimentaba con miguitas de torta de limón (su torta favorita) y a don Ramón le preparaba churrasquitos de dos milímetros, vuelta y vuelta.

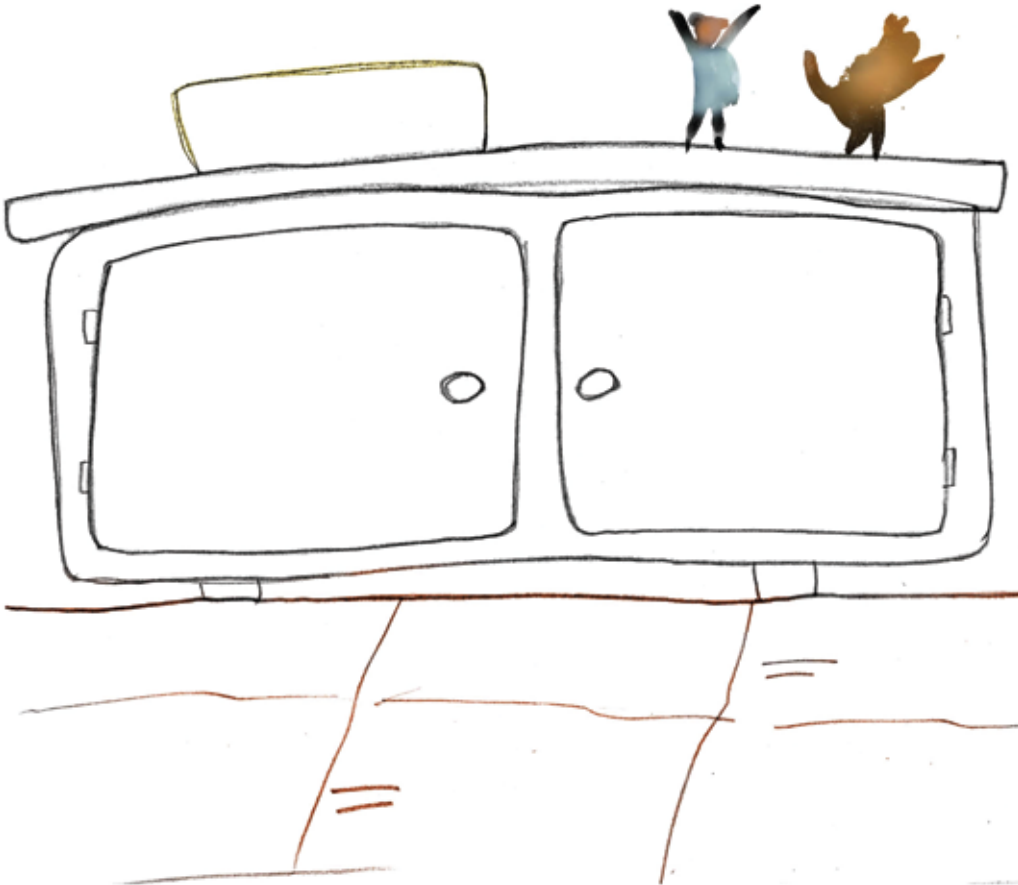


Dos veces al día doña Clementina vaciaba las hueveras sobre la mesa de la cocina: Oscarcito jugaba con Polidoro y los dos se revolcaban hasta quedar escondidos debajo de la panera; don Ramón, en cambio, muy formal, se sentaba en la sillita y le explicaba a doña Clementina cosas que ella jamás entendía, mientras mordisqueaba una manzana (perdón, una manzanita).

En el quinto día de su vida en la huevera, Oscarcito se puso a llorar. Fue cuando vio, apagadas y chamuscadas, las siete velitas de su torta de cumpleaños.

Doña Clementina se puso a llorar con él: Oscarcito era su preferido entre los chicos del barrio. No sabía qué hacer para consolarlo; era tanto más grandota que él que ni siquiera podía abrazarlo...

–Bueno, Oscar, no llores más –le decía mientras le acariciaba el pelo con la punta del dedo– ¿Cómo vas a llorar si ya sos un muchacho? ¡Un muchachote de siete años!



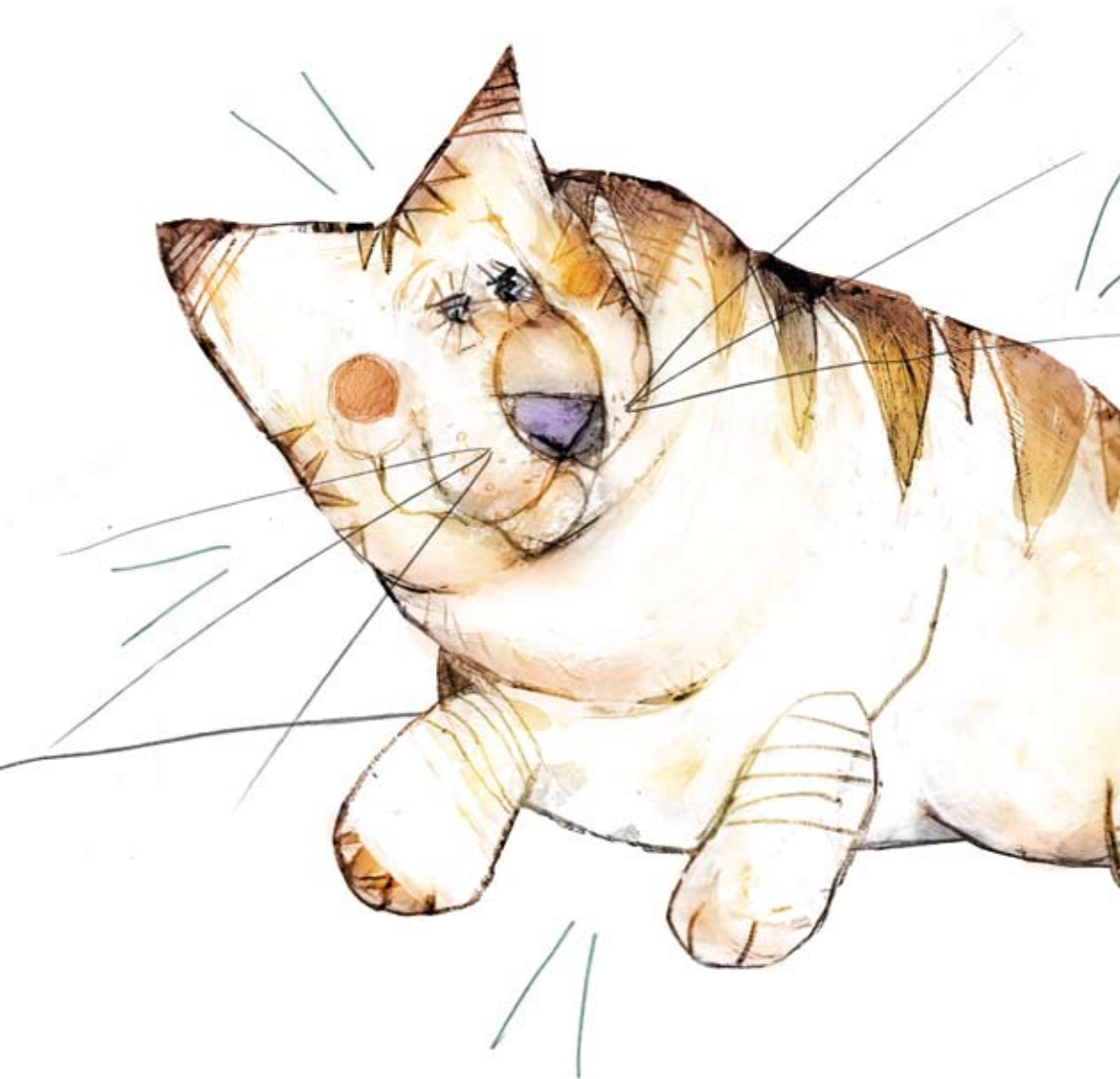
Entonces Oscar creció. Creció como no había crecido nunca. En un segundo recuperó el metro quince de estatura que le había llevado siete años conseguir. Y se abrazó a la cintura de doña Clementina, la Achicadora de Agustín Álvarez, que, por fin, había encontrado el antídoto para curar a sus pobres achicados.



Doña Clementina corrió a agarrar al gato Polidoro y le dijo, entusiasmada:

—¡Gatón! ¡Gatote! ¡Gatazo!

Y Polidoro creció tanto que hasta podría decirse que quedó un poco más grande de lo que había sido antes del achique.



Le tocaba el turno a don Ramón. Doña Clementina dudó un poco y después llamó:

-¡Don Ramonón!

Y don Ramón volvió a ser un gordo grandote y colorado, con delantal blanco, que ocupó más de la mitad de la cocina.



Y todos corrieron a casa de todos a contar la historia esta de los achiques, que, con el tiempo, se hizo famosa en el barrio de Florida.

Desde ese día doña Clementina Queridita cuida mucho más sus palabras, y nunca le dice a nadie “queridito” sin agregar en seguida: “queridón”.



La sillita de Juana María, el frasquito con la etiqueta de estrellitas azules y el librito de cuentos siguieron siendo chiquitos. Están desde hace años en un estante del Museo de las Cosas Raras del barrio de Florida, adentro de una huevera.



GRACIELA MONTES

Graciela Montes nació en 1947 en Buenos Aires, y es una reconocida y muy premiada escritora de literatura para niños. También editora, dirigió en el Centro Editor de América Latina la colección de literatura infantil Los cuentos del Chiribitil. Su obra se ha traducido a varias lenguas y entre sus títulos destacan: *Historia de un amor exagerado*; *La venganza de la trenza*; *Las velas malditas*; *Uña de dragón*; *El club de los perfectos*; *La batalla de los monstruos y las hadas*; *A la sombra de la inmensa cuchara*; *Más chiquito que una arveja, más grande que una ballena*; *Emita y Emota en... ¿Ahora quién me aúpa?*; *La guerra de los panes* y *Clarita se volvió invisible*.



